

POLÍTICAS CULTURALES EN COLOMBIA:

El fortalecimiento público de lo diverso.

Paula Moreno Zapata, Consultora Internacional , Ex Ministra de Cultura de Colombia

Un momento decisivo en la conformación de la institucionalidad cultural colombiana fue la promulgación en 1997 de la ley general de cultura. Este pronunciamiento jurídico además de crear el Ministerio de Cultura, ordenó el sector, fortaleció el sistema nacional de cultura y confirmó el liderazgo del Ministerio en la definición de políticas culturales. Hoy 13 años después que la arquitectura institucional, programática y normativa se presenta el primer compendio de políticas culturales del país. Un compendio que presenta en 27 áreas, las grandes definiciones, estrategias, lineamientos y desafíos de una institucionalidad que debe permanentemente analizar su rol en el posicionamiento de la cultura como eje del desarrollo social y económico del país.

La definición de las políticas culturales por ello reitera la profunda reflexión y definiciones de aquello que debe hacer el Estado para fortalecer al sector cultural, como garantizar el acceso de todos los ciudadanos a bienes y servicios culturales de calidad, como anticiparse a aquello que no se enfrenta hoy pero que es una oportunidad o una realidad inminente del mañana. Por tanto, las políticas buscan trascender el inicial modelo cultural francés, le concedió una particular importancia a las artes, lo patrimonial y la difusión pero además se ha extendido el campo de acción de lo que se entiende por cultura. Junto a los problemas de la memoria o de las artes, han surgido las preocupaciones por las industrias creativas, la cultura digital, la comunicación o el turismo cultural. Inclusive las versiones de patrimonio o de artes que Dentro de las discusiones patrimoniales que enfatizaban en la conservación y el cuidado de los monumentos históricos o arqueológicos, ha cobrado relevancia el mundo complejo de las fiestas, las celebraciones religiosas, la gastronomía o las lenguas. Es decir, del territorio amplio y diverso del patrimonio inmaterial. Inclusive la noción de patrimonio material se ha transformado con la recurrencia a su apropiación social, es decir, a la recuperación social de lo patrimonial que hacen las comunidades, reubicando el pasado en los contextos del presente y las prefiguraciones del futuro.

A estos cambios internos en la cultura los acompañan la redefinición de sus relaciones externas. Este nuevo diseño se expresa con mucha fuerza en el panorama general de las políticas públicas. Sin perder su identidad, a la cultura se le pide que interactúe con otras áreas de la vida social y de la gestión pública. Las relaciones entre economía y cultura se afianzan cada vez más sin que por supuesto suplanten el sentido público de la cultura. Según el reciente Informe de Economía creativa de la UNCTAD y el PNUD (2008), el sector de las industrias creativas en el mundo ha crecido un 8.5% y ya se acerca a un 4% del comercio mundial siendo especialmente dinámico en el diseño, los impresos, la

música y el audiovisual. Pero no solo se afianzan las relaciones con la economía sino también con los procesos de desarrollo humano, la protección social y la educación. La transformación de la cultura en la escena mundial también ha impactado en las políticas culturales de segunda generación. Entre la primera y la segunda generación, lo que ocurrió fue una conmoción profunda que cambió el contexto internacional de la cultura. Renato Ortiz ha hablado apropiadamente de la "mundialización de la cultura". Las culturas viven, al mismo tiempo, un doble fenómeno: por una parte, su universalización que se expresa en la conformación de verdaderas culturas globales, soportadas sobre todo por los cambios tecnológicos y la irrupción de las lógicas comerciales de las industrias creativas. Pero por otro lado, hay fuertes movimientos de afianzamiento de las culturas locales, de afirmación de los sentidos más entrañables de pertenencia. Aquí es válido el planteamiento de Boaventura de Souza cuando habla de globalización desde arriba y globalización desde abajo o el de Nancy Frazer cuando en "Iustitia Interrupta", destaca junto a las políticas de redistribución, las políticas identitarias o del reconocimiento. A la circulación mundial de productos culturales, generalmente producidos por grandes corporaciones mediáticas y culturales transnacionales, la acompaña un flujo constante de procesos y creaciones desde abajo, locales y regionales, que se arraigan en sus propios territorios y en sus propios intereses, que buscan circular nacionalmente y que algunos casos incluso se posicionan internacionalmente. Lo internacional ha generado políticas de segunda generación que se preguntan por los intercambios, la movilidad de creaciones y creadores, la conformación de redes culturales o el posicionamiento cultural de los países en la escena internacional. Uno de los signos de este cambio es la transformación de la idea de cooperación cultural, mucho más simétrica y horizontal que la cooperación vertical y paternalista del pasado.

La composición de una nueva agenda cultural y la aparición de actores culturales inéditos son dos dimensiones fundamentales para la construcción de políticas culturales de "segunda generación". Rápidamente el panorama cultural de las políticas de primera generación se vio poblado de otras demandas culturales. El emprendimiento cultural corroboró la necesidad de pensar políticas que lo promovieran en países que como los latinoamericanos han visto crecer los grupos, colectivos y empresas medianas y pequeñas de cultura. Salas autogestionadas de teatro, editoriales independientes, grupos de diseñadores de software cultural, promotores de mercados culturales o sellos locales de música, son algunas muestras de un tema que ha generado actores que apenas se conocían en el paisaje cultural latinoamericano. La influencia creciente de las nuevas tecnologías ha hecho que el tema no pertenezca únicamente a los ministerios de comunicaciones sino que implique a los de cultura y educación. Lograda la conectividad es importante saber qué hacer con los aparatos y las tecnologías. De este modo, la creación y la expresión cultural se tornan fundamentales para que se logren niveles importantes de apropiación tecnológica de calidad. Las radios ciudadanas o comunitarias, han devenido en redes fundamentales de expresión de los ciudadanos, de circulación de opinión y sensibilidades, de punto de encuentro entre la gente de los lugares más distantes de nuestros países. Las fiestas, que componen un tejido inmenso de la diversidad latinoamericana, han llamado la atención sobre la importancia del

patrimonio inmaterial, sus conexiones con la convivencia, las economías locales y un concepto respetuoso de turismo cultural.

Las mujeres han mostrado ser lectoras, como lo comprueban todos los estudios de lectura en nuestros países, los jóvenes son los motores de la apropiación y el consumo cultural, los adultos mayores empiezan a encontrar en la cultura un lugar del reconocimiento social y la valoración existencial. Junto a ellos se revelan otros actores culturales, desde colectivos de mujeres en barrios populares que conservan y promueven los cantos, las rondas o la cocina local, hasta grupos de creadores que asocian vida barrial con teatro y músicas. Esta composición de los actores culturales, que obliga a redefinir las políticas culturales es heterogénea como la cultura: allí se concentran empresas, instituciones, colectivos, movimientos socioculturales, grupos de resistencia, nuevos creadores, gestores culturales. Todos estos signos son solo muestras de la recomposición del campo cultural y por tanto de la aparición de nuevos enfoques y direcciones de las políticas culturales en nuestros países.

Las políticas culturales como un proceso de concertación social

“Entendemos por políticas culturales el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social”, escribió Néstor García Canclini en “Para un diccionario herético de estudios culturales” (1997). Desde entonces, permanecen algunas de las dimensiones centrales de su definición, aunque se han producido variantes muy interesantes. “La política cultural constituye una ciencia de la organización de las estructuras culturales y generalmente es entendida como un programa de intervenciones realizadas por el Estado, instituciones civiles, entidades privadas o grupos comunitarios con el objetivo de satisfacer las necesidades culturales de la población y promover el desarrollo de sus representaciones simbólicas”, escribió, a su vez, el brasileño José Texeira Coelho, enfatizando la idea de “programa de intervenciones”, que le da un sentido más orgánico a la comprensión de la política cultural. La colombiana Ana María Ochoa escribe, por su parte, “Defino como política cultural la movilización de la cultura llevada a cabo por diferentes tipo de agentes –el estado, los movimientos sociales, las industrias culturales, instituciones tales como museos u organizaciones turísticas, asociaciones de artistas y otros- con fines de transformación estética, organizacional, política, económica y/o social” (2003) y Toby Miller y George Yúdice dicen que las políticas culturales son “los soportes institucionales que canalizan tanto la creatividad estética como los estilos colectivos de vida. La política cultural se encarna en guías para la acción, sistemáticas y regulatorias, que adoptan las instituciones a fin de alcanzar sus metas”. En el Plan departamental de cultura (2006-2020). Antioquia en sus diversas voces, se lee que “Las políticas culturales se concretan bajo la forma de enunciados que indican el deber ser de dichas intervenciones, bajo un criterio permanente de concertación y participación democrática en el desarrollo cultural de las colectividades”. Finalmente, en el Ministerio de Cultura de Colombia se propuso la siguiente comprensión: “Las políticas culturales son las grandes definiciones

que asume el país para orientar los procesos y acciones en el campo cultural, a través de la concertación y la activa participación del Estado, las entidades privadas, las organizaciones de la sociedad civil y los grupos comunitarios, y de esta manera, responder con creatividad a los requerimientos culturales de la sociedad” (En: Un Ministerio de puertas abiertas, Ministerio de Cultura, 2008).

Las diversas definiciones de políticas culturales subrayan elementos comunes:

- Son intervenciones(movilizaciones)/Guías de acción
- Realizadas por el Estado, las instituciones civiles, entidades privadas y grupos comunitarios (diferentes actores políticos en conflicto)/ soporte institucional.
- Precisan de la participación democrática
- Responden a los requerimientos culturales de la población
- Buscan obtener el consenso/concertación para una transformación social/modernidades alternativas, como fuentes de procesos.
- Con el fin de contribuir al desarrollo cultural (el desarrollo de sus representaciones simbólicas)/ con fines de transformación.

Entre el 2008 y el 2009, el Ministerio de Cultura de Colombia promovió un proceso de recopilación, análisis, construcción y validación social de las políticas culturales lideradas por la institución. Si bien el Ministerio es la entidad máxima de articulación y puesta en marcha de políticas culturales en el país, existen otras instancias fundamentales de producción y ejecución de políticas culturales. Entre ellas están las sociedades regionales y locales y ciertos campos o espacios institucionales de la cultura. Gobiernos regionales como el de Antioquia tienen una gran tradición de definición de políticas y planes culturales y ciudades como Bogotá, Medellín o Cali, entre otras, han hecho valiosos aportes definiendo y ejecutando políticas culturales en diferentes áreas de la cultura. De este modo hay una aproximación regional y de ciudad a las políticas culturales que alimentan la gestión cultural local, pero que son indudables contribuciones a la existencia de las políticas culturales nacionales. En las regiones y en lo local se han producido miradas nuevas de la gestión de la cultura incorporando activamente las realidades locales y barriales, generando innovaciones, articulando creativamente diversos campos de la cultura, incentivando procesos reales de participación y estimulando procesos de recreación social de la memoria. Las políticas culturales nacionales no pueden desconocer la significación de estos aportes a su comprensión y construcción.

Las políticas culturales en Colombia y el sentido de nación

Desde hace décadas existen políticas culturales en Colombia. Hay por supuesto áreas de la cultura en que se ha podido conformar un corpus mucho más robusto y denso de políticas, como sucede con las artes y el patrimonio, dos de los ejes centrales de la ley

general de cultura de 1997 y a su vez, dos áreas predominantes en la gestión pública de la cultura durante décadas. Pero aún así, las artes y el patrimonio han cambiado su comprensión política en los últimos años. Las artes se conciben más como prácticas sociales y el patrimonio como conservación y desarrollo de la memoria en que es fundamental su apropiación por parte de la sociedad. También las artes se han diversificado, han ocupado nuevos lugares, se han fusionado, fluyen por otros soportes como los electrónicos e interactúan activamente con los medios de comunicación, las tecnologías, las transformaciones de los museos o los nuevos espacios de circulación artística en las ciudades. Pero sobre todo, las artes han construido otras relaciones con la sociedad y sobre todo otras maneras de conocerla e interpretarla. En las artes solemos encontrar miradas clarividentes sobre la realidad y preguntas consistentes sobre el futuro. El patrimonio, por su parte, se enfrenta a áreas muy vivas de la memoria, como el patrimonio sumergido, el paleontológico, el arqueológico, los significados renovados de los centros arqueológicos e históricos, la formación y por supuesto, todo el rico mundo simbólico de las manifestaciones patrimoniales inmateriales.

El Ministerio de Cultura de Colombia acaba de publicar el Compendio de Políticas Culturales que organiza las políticas en seis grandes áreas. Son políticas que forman parte del acumulado histórico de Colombia y que como ha dicho el ex ministro Juan Luis Mejía, muestran el grado de madurez que ha alcanzado la gestión de la cultura en el país. En la primera, dedicada a las artes, se compilan los lineamientos sobre las artes visuales, la música, la educación artística, la literatura, el teatro y la danza. En la segunda, se define una política cultural del patrimonio, que prioriza su apropiación social y se incluye por primera vez, una política específica sobre el patrimonio inmaterial, un tema que ha tenido importantes avances reglamentarios en la jurisprudencia colombiana más reciente. Los archivos han recibido una especial consideración de los legisladores al considerar que tienen una función fundamental de carácter cultural. Son, en efecto, portadores de la memoria del país, abiertos a la ciudadanía. Existe también una dimensión fundamental del libro y de las bibliotecas, asociada al carácter que tienen como patrimonio bibliográfico de la nación. Un país está hecho de sus escrituras, del acervo de la creatividad, pensamiento e inteligencia que producen sus creadores y del flujo de conocimiento y de crítica que brota del material bibliográfico generado por colombianos y colombianas en los más diversos temas y disciplinas. Las lenguas, por su parte, son dispositivos centrales de la memoria de un país y componente fundamental de su patrimonio inmaterial. Colombia tiene una gran riqueza lingüística que es a la vez una gran riqueza de grupos y comunidades que históricamente han construido formas específicas de vida, comprensión y expresión colectivas. Cada lengua que existe en el país es el testimonio vivo de modos de vivir, de sistemas de relaciones sociales, de comprensiones del mundo. En las lenguas se encuentran desde las más sencillas denominaciones de la vida cotidiana de un pueblo, hasta los territorios simbólicos de sus mitos, sus cosmogonías, el entretejido de sus creencias más profundas y más arraigadas. Donde hay lengua hay identidad, construcción histórica de lo simbólico, manera de referirse al entorno y sentido de pertenencia. También diferencia, diversidad y complementariedad. Con 64 lenguas americanas nativas, dos lenguas creoles y una lengua rom, hablada por la comunidad gitana asentada en Colombia desde hace décadas,

el país tiene una diversidad lingüística inmensa. Por ello se ha definido una política de lenguas acompañada de un proceso de ley que se tramita en el Congreso de la República, que no es simplemente una política lingüística, sino sobre todo, una política de revitalización social de las lenguas. Son los propios hablantes, sus pueblos, sus organizaciones, quienes con el apoyo del Estado y la sociedad civil, pueden revitalizar sus propias lenguas. Y esto porque la lengua es una representación de la vida social de un pueblo. Para cada colombiano y colombiana, estas lenguas, así sean habladas por grupos en zonas remotas del país o por comunidades minoritarias, significan una parte de su patrimonio y de su memoria. De lo que somos.

En una tercera área del Compendio se han incluido todas aquellas políticas que tienen que ver con la producción, circulación y apropiación de sentidos a través de la comunicación, el mundo de las imágenes, las nuevas tecnologías, la escritura y la lectura. También forma parte de esta sección la problemática del emprendimiento cultural. Hace unos años, en uno de sus libros, Néstor García Canclini recordaba la gran importancia que había tenido el cine en la identidad de los mexicanos. Desde hace años, Colombia ha logrado definir una política de cine coherente: a la ley de cine la acompañan medidas concretas para el estímulo de la producción, como el fondo para el desarrollo cinematográfico o incentivos tributarios que promueven la inversión o donación de contribuyentes del impuesto de la renta, quienes pueden deducir el 125% de lo invertido o donado en proyectos cinematográficos. El estímulo del largometraje y el cortometraje, el apoyo a la creación de guiones y documentales, la promoción de la formación y la participación de la empresa privada en la producción, la recuperación del patrimonio fílmico nacional, entre otras grandes líneas de acción, empiezan a notarse en la cantidad y la calidad del cine colombiano. También en el incremento del consumo de cine nacional y en la generación de una infraestructura industrial del cine que empieza a consolidarse. El Plan Nacional Audiovisual, por su parte, es una estrategia de fomento de experiencias cinematográficas y audiovisuales en el ámbito local, complementarias de las políticas dirigidas al desarrollo profesional e industrial del cine. Su objetivo es ofrecer a los colombianos mayor acercamiento a la cultura audiovisual por medio de procesos de formación en creación y apreciación audiovisual. Las primeras experiencias empiezan a mostrar la importancia de lo audiovisual como un medio para que sectores sociales excluidos se reconozcan y se valoren.

En América Latina, la comunicación tiene una destacada tradición de interacción con la cultura. Una parte muy significativa de la investigación comunicológica estableció hace años una conversación muy fructífera con la cultura, mostrando la importancia de los contextos culturales para la producción de significados, el peso cultural de creaciones mediáticas como el melodrama o la relevancia de la comunicación unida a las prácticas culturales de los sectores populares. Los trabajos de Jesús Martín Barbero en Colombia, Néstor García Canclini en México, Muniz Sodré en Brasil o Rosa María Alfaro en Perú, han sido claves para revelar la complejidad y riqueza de tal interacción. Colombia ha definido una política de comunicación para la inclusión, que tiene en cuenta la gran diversidad del paisaje comunicativo colombiano compuesto por canales privados de televisión, televisiones regionales públicas, televisiones locales y comunitarias, medios escolares y

universitarios, periódicos y radios comerciales y una gran cantidad de emisoras de radio comunitarias y ciudadanas. Como lo señala la política, “el proceso que adelanta el Ministerio de Cultura pretende superar una visión mediática de la comunicación y entenderla más como un proceso social que como un proceso técnico; es decir, suponemos que los medios no son un objetivo. Adicionalmente, consideramos la comunicación como procesos complejos de interacción social más que como un procedimiento simple de emisión y recepción de mensajes” (Compendio de políticas culturales, Ministerio de Cultura de Colombia, Bogotá, 2009, página 351).

Una de las políticas culturales emergentes es la política de cultura digital. La cultura no puede estar al margen de los acontecimientos y las políticas referidas a las nuevas tecnologías. Y no lo puede hacer por varias razones. En primer lugar, porque las nuevas tecnologías, más que artefactos son mediadores culturales e instrumentos básicos de la creación, la circulación y la apropiación de bienes simbólicos. La reciente encuesta de consumo cultural del DANE, apoyada por el Ministerio de Cultura, mostró la significación que tienen los videojuegos para los niños y niñas colombianos. Cerca del 54% de los niños tienen acceso a los videojuegos, consumen varias horas de televisión a la semana, usan el computador y utilizan la telefonía móvil para escuchar música, enviar mensajes o comunicarse cotidianamente. En el Módulo de lectura, biblioteca y consumo de libros en Colombia del 2005, se pudo observar que la única lectura que creció en Colombia fue la lectura en internet. En el país se duplicó el porcentaje de lectores por internet y en Bogotá se triplicó en tan solo cinco años. En recientes estadísticas del DANE se comprobó que entre el 2003 y el 2008, los bogotanos pasaron de tener un consumo del 30% de telefonía móvil a 91%. En tan solo cinco años se logró una cobertura prácticamente universal de la telefonía celular, cuando la televisión para lograr los mismos niveles gastó tres décadas. Por otra parte, el número de colombianos conectados a internet ha crecido notablemente, así como los hogares en donde el computador es ya un instrumento de acceso a la información y la comunicación.

En segundo lugar, el uso de las nuevas tecnologías está produciendo fenómenos muy sugerentes de convergencia de lenguajes y de expresiones de la cultura. Los jóvenes además de interactuar a través de las redes sociales, escuchan música, ven cine y leen de manera complementaria o combinada. En tercer lugar, las nuevas tecnologías están facilitando el intercambio de información y el contraste de culturas, como quizás ningún otro medio lo haya hecho en el pasado con tanta eficacia y rapidez. Por ello resulta fundamental proponer una política alrededor de la cultura digital, que en el caso colombiano hace énfasis no tanto en la conectividad o en los aparatos como en la creatividad que se puede generar en este nuevo contexto tecnológico y en las capacidades expresivas que los diferentes sectores sociales pueden encontrar en la red.

La lectura y las bibliotecas han formado parte de un Plan Nacional, como propósito de gobierno desde el 2002. En una primera etapa se buscó la creación y dotación de bibliotecas en una gran parte de los municipios del país. En cinco años de aplicación del Plan, entre el 2003 y el 2008, se ha alcanzado un cubrimiento del 99% de los municipios, con la dotación de 1009 bibliotecas. Se han formado además, 11.000 bibliotecarios,

maestros y usuarios de estos centros. La política pretende darle sostenibilidad a este esfuerzo, hacer que los espacios dotados bibliográficamente se conviertan en bibliotecas vivas, con el liderazgo de un bibliotecario permanente, conexiones con la escuela, actualización de las colecciones y pertenencia activa de la comunidad. También se asume el tema de la digitalización de las bibliotecas, el fortalecimiento del sistema nacional de bibliotecas públicas y el carácter patrimonial del acervo bibliográfico de la nación. La Biblioteca Nacional, la más antigua de América, fundada en 1777, es indudablemente líder de este proceso, en el que además han participado diversas instituciones como el Banco de la República, Fundalectura, Asolectura, organismos internacionales como la OEI y representaciones diplomáticas en el país como la embajada del Japón.

El emprendimiento cultural se ha convertido en una de las preocupaciones centrales de la política cultural colombiana de los últimos años. El mundo ha visto crecer la realidad de las industrias culturales y especialmente su impacto dentro de la economía. Los datos revelados por el informe de Economía Creativa de la UNCTAD y el PNUD, además de las estadísticas de la UNESCO para el sector son esclarecedores. Si bien el aporte de América Latina al conjunto de la economía de bienes y servicios culturales es aún bajo (cerca del 3% del total) y menor que la de países del Sudeste asiático, es significativamente importante con relación a otros rubros de las economías nacionales. Colombia tiene una posición importante dentro del panorama latinoamericano de las industrias culturales. En el reciente Informe sobre la contribución a la economía de las industrias de copyright (2008), producido conjuntamente por la OMPI y la Dirección General de Derechos de Autor del Ministerio de Interior de Colombia, se estimó que es de un 3.3%, un poco más elevado que las mediciones que en el 2001 había hecho el propio Ministerio de Cultura y el proyecto de Economía y Cultura del Convenio Andrés Bello. La cuenta satélite de cultura, en que Colombia ha sido pionera en el continente, está permitiendo análisis mucho más desglosados, comparaciones históricas e interpretación de series indispensables para poder apreciar justamente la contribución de la cultura a la economía del país. Según lo señala el estudio "La contribución económica de las industrias del derecho de autor y de los derechos conexos en Colombia, en el 2006 generaron 1.097.430 empleos que representaban el 5.8% de la población ocupada del país y el 12.7% de las 13 grandes ciudades. Como lo demuestra el estudio coordinado por Mercosur Cultural, "Nosotros y los otros. El comercio exterior de bienes culturales en América del Sur" (2008), Colombia ocupa un lugar destacado entre los países de la región.

Junto a estos datos de la producción, están los del consumo y la apropiación cultural, en que Colombia no se aleja demasiado de las tendencias de otros países en la región. El consumo cultural colombiano está fuertemente marcado, como lo señaló Germán Rey en su libro "Las tramas de la cultura" (2008), por la mediatización de la cultura, es decir, por la presencia extendida que tienen la televisión, la radio y la música dentro de las prácticas y los hábitos culturales de los colombianos. La primera tiene una cobertura prácticamente universal y su producción local ha llegado con éxito a los mercados internacionales, particularmente por la creación de telenovelas y series televisivas. En

este último género, se deben destacar las fusiones de empresas colombianas de televisión con grandes empresas internacionales como FOX y SONY que han reconocido el talento nacional, la experiencia en producción, los niveles competitivos de costos, los niveles de calidad de actores, actrices y técnicos y la infraestructura de televisión construida durante más de seis décadas por el país y que permite la realización de proyectos audiovisuales importantes. La radio colombiana es reconocida internacionalmente por su creatividad, su grado de penetración en las audiencias y su gran diversidad. El encadenamiento de las emisoras comerciales, su respuesta a retos técnicos y su ya avanzada digitalización se unen a la realidad palpable de las radios comunitarias, que se hallan desperdigadas por toda la geografía física y cultural colombiana. La música colombiana es una de las expresiones culturales más ricas, con mayor tradición, infraestructura y talento. La diversidad es una de sus grandes cualidades: diversidad de géneros, de ritmos, de formas de creación y de conexiones de las músicas con las realidades locales y los mercados internacionales. A la par que se tienen músicas tradicionales se encuentran grupos de experimentación, junto al rico panorama de bandas de rock y festivales como Rock al parque, que ha acabado de llegar a sus 15 años de celebración auspiciado por la Alcaldía de Bogotá, están las músicas de fusión, las mezclas y sincretismos musicales y los avances de la música académica. Músicos e intérpretes colombianos triunfan en los mercados globales, mientras que existe una cartografía musical de enorme riqueza y variedad que se extiende por todas las regiones del país. Los creadores populares tienen una influencia notable en la cultura colombiana y se han producido reconfiguraciones simbólicas a través de la participación, primero de la música del Caribe y en los años más recientes de las músicas del Pacífico colombiano. La interculturalidad, que el investigador colombiano Arturo Escobar definió como las relaciones de las culturas en contextos de poder, se manifiesta muy vívidamente en los encuentros de las músicas y sobre todo en sus mezclas y fusiones.

Pero el consumo cultural colombiano tiene otras marcas importantes: hay un consumo concentrado en los jóvenes, que los muestra con porcentajes importantes no solo en el consumo de medios y de nuevas tecnologías como en lectura, asistencia a museos y participación en bibliotecas. El período escolar tiene gran importancia en el sostenimiento de tendencias del consumo cultural, pero también tiene una gran cantidad de retos para que se pueda mantener en el tiempo lo logrado en la escuela, cuando niños y jóvenes hayan abandonado el ciclo escolar. El nivel socioeconómico, la edad y el nivel educativo, son variables sociodemográficas que inciden en el consumo cultural de los colombianos como de la gran mayoría de los latinoamericanos. Una gran importancia está teniendo, como ya se ha anotado, el consumo de nuevas tecnologías como internet y videojuegos, que merecen ser descifrados por las políticas culturales nacionales.

Pero la importancia de las industrias culturales no está en su producción de bienes, sino en que esos bienes son simbólicos, comportan estilos y comprensiones, referencias axiológicas y representaciones de las sociedades y los grupos humanos. Por eso, una política del emprendimiento cultural se ocupa de la formación de los diferentes agentes ubicados a lo largo de la cadena productiva de la música, el libro o el audiovisual,

buscando su profesionalización como también la cualificación técnica de los agentes que desempeñan oficios de soporte o que producen bienes conexos y promueve estrategias de fortalecimiento de la producción de las organizaciones culturales, ya sea orientadas a mejorar el proceso creativo y sus condiciones técnicas, como a cualificar la gestión de las empresas culturales. Gran importancia tienen las pequeñas y medianas empresas culturales que trabajan junto a las grandes empresas culturales nacionales (por ejemplo editoriales o audiovisuales) o las corporaciones comunicativas y culturales transnacionales. Productores musicales que buscan reinventar una industria que ha sufrido cambios dramáticos en el mundo, grupos de creadores audiovisuales que se ubican en el competido mercado de la televisión o del video tratando de ocupar lugares como la producción de televisión infantil, el documental o la programación cultural; colectivos de diseñadores digitales que se abren camino en el campo de las nuevas tecnologías y sus múltiples aplicaciones a la cultura y la educación o editoriales independientes que conforman sus catálogos con otras miradas y otras jerarquías, dándole impulso a literaturas que no circulan por los circuitos comerciales o a ensayos e investigaciones de pensamiento social y crítico, que no suelen estar en las selecciones editoriales que se hacen pensando en las exigencias de los mercados. En cada uno de estos sectores y en otros más, se encuentra la creatividad con el emprendimiento de gestores colombianos que enriquecen, dinamizan y diversifican el panorama de las industrias culturales colombianas.

La circulación es uno de los cuellos de botella de la democratización cultural. La realidad colombiana no se aparta mucho de la realidad de otros países de América Latina, según se observa en las distintas estadísticas culturales. Las políticas culturales del país están haciendo esfuerzos para ampliar los circuitos de distribución de los bienes y servicios culturales, para democratizar y cualificar el acceso y para diversificar la oferta cultural y las posibilidades de disfrute por parte de los ciudadanos y las ciudadanas, que deben ser aún más profundizados. Los programas de salas concertadas, la participación de las industrias creativas en las rondas de negocios, el impulso a las editoriales independientes, las condiciones para el desarrollo del cine nacional, el fortalecimiento de festivales de diferentes manifestaciones culturales, el apoyo a cinematecas y la programación cultural en los espacios públicos de televisión, son algunas de las iniciativas que se contemplan dentro de las políticas culturales colombianas. Sin embargo el camino es aún largo. La apertura de canales de distribución y la generación de nuevos mercados, la formación de públicos para la producción artística y cultural, la generación de espacios de exhibición y comercialización de los productos culturales, el impulso a la circulación en medios de comunicación y en internet, son solo algunos de los pasos que se deben dar en este camino de la circulación democrática de bienes y servicios culturales. La agremiación, la financiación y la protección y difusión de los derechos de autor, son otras áreas no menos importantes del desarrollo de la política de emprendimiento cultural.

Una cuarta área de las políticas culturales colombianas es la que reúne concertación, estímulos e infraestructura. La concertación está dirigida al apoyo y la promoción de instituciones y organizaciones culturales a través de procesos de presentación y

selección de propuestas presentadas en condiciones de igualdad, transparencia y corresponsabilidad y la consiguiente asignación de dineros públicos con sus debidos procesos de seguimiento. Como se lee en la Política de Concertación “el campo de la cultura es cada vez más heterogéneo, complejo y exigente. Tiene actores muy diversos, agendas e intereses variados y contrastantes y necesidades crecientes. Esta caracterización es fundamental para diseñar y poner en marcha una política de concertación. Por una parte, los recursos públicos deben tender a responder a tal diversidad y por otra, no son una simple asignación de dinero, sino una promoción intencional de procesos y actores de la cultura. La concertación es mucho más que la mera reacción del Estado a las necesidades culturales de las comunidades y los grupos; es especialmente una política pública que se anticipa, que bajo una estrategia visionaria y de futuro, jalona procesos de cambio, afirma tendencias nuevas y da cabida a expresiones no siempre visibles que revitalizan el dinamismo cultural. La concertación lejos de restringirse a una operación mecánica de distribución de recursos, es una de las oportunidades que tiene el Estado y la sociedad, para percibir las transformaciones que se están dando en el entorno cultural, los trazados de porvenir más interesantes, los grupos y comunidades con una mayor vitalidad y compromiso. También es un laboratorio para observar la aplicación real de las políticas públicas, que es una de las mayores preocupaciones de los ciudadanos, las metodologías más exitosas y los procesos más consistentes que merecen la pena de ser apoyados”.

En el 2006 se apoyaron 1.085 proyectos. En 2007, 1.269 y en el 2008, 1.428, lo cual representa un incremento del 31,7% en el último año. En promedio en participación por líneas temáticas en los últimos tres años, ocupó el primer lugar el apoyo a actividades artísticas y culturales de duración limitada como festivales, carnavales, fiestas tradicionales, con un 48%, seguida por los proyectos de formación artística y cultural con un 28% y las actividades culturales de carácter permanente, con un 11%. De los 1.261 proyectos apoyados en promedio en el período 2006-2008, 538 pertenecieron a instituciones del sector público y 723 a organizaciones culturales sin ánimo de lucro del sector privado, lo que representa una participación del 57% de éstas últimas. Este programa en 2008, generó 900.000 empleos directos e indirectos promoviendo el acceso de 25 millones de colombianos a programación cultural.

Los estímulos forman parte de la gestión y la sostenibilidad de la cultura y han adoptado diversas modalidades, desde el mecenazgo hasta la inversión social en cultura. Los Estado han utilizado diferentes modelos de apoyo a la creación. La política de estímulos busca promover la creatividad de los colombianos y colombianas a partir de diferentes modalidades como las pasantías, las becas, los premios, las residencias artísticas o el intercambio nacional e internacional.

La política de infraestructura es uno de los temas en que convergen de la manera más concreta algunas de las grandes tensiones de la cultura, porque se trata de una política que confronta el diseño con las demandas del entorno, la simbología local con las propuestas técnicas. No se trata simplemente de construir amoblamientos culturales sino de producir intervenciones sociales y simbólicas que deben contar con los contextos, la historia de los lugares y los significados culturales del espacio. Finalmente los edificios, las plazas o las malokas son representaciones físicas de sentimientos,

signos de la identidad y hasta visiones cosmológicas del universo. La política de infraestructura coteja la contemporaneidad con las concepciones ancestrales, de tal manera que sus propuestas no deben ser simples cultos a lo tradicional sino una buena manera de plantearse la innovación y el cambio dentro de comunidades y lugares con gran presencia simbólica. También se propone promover la circulación de bienes y servicios culturales, fomentar el acceso a las tecnologías y facilitar el encuentro entre las políticas y las realidades culturales sobre todo de comunidades muy pobres y excluidas.

La quinta área de las políticas culturales colombianas pone su interés en la internacionalización de la cultura. Mientras que la geopolítica cambia, se rediseñan las relaciones internacionales, entran a jugar otros actores institucionales y se afirma la globalización. Dentro de todo este cambio, la cultura adquiere otros sentidos, más allá del que se le había asignado en el pasado y que era como la "guinda del postre", es decir, el decorado amable de las relaciones más duras entre los Estados, para pasar a ser uno de los campos de convergencia y de conflicto de las relaciones internacionales. Los países se identifican en medio de la competencia simbólica global y los temas culturales dejan de ser simple exhibición e "imagen", para convertirse en campo de confrontación de grandes intereses económicos, políticos y tecnológicos. Las relaciones diplomáticas entre los Estados son desbordadas por otros espacios del intercambio, como por ejemplo las redes virtuales, las migraciones, la cooperación científica o el flujo incesante de los productos de las industrias culturales. Cada día crece la importancia de las relaciones entre ciudades, centros culturales, empresas, pensadores y creadores, a través de los cuales los países son conocidos, reconocidos y valorados en el contexto internacional. Obviamente la política cultural internacional es el resultado de una articulación armónica entre diferentes instancias del Estado y debe estar en todo momento integrada con la política exterior de los países.

Finalmente una sexta área de las políticas culturales colombianas es la de lo territorial. En este campo es posible observar la función de las políticas culturales, por lo menos desde dos perspectivas. La primera, mucho más funcional, es la que hace realidad en las regiones y en lo local, el funcionamiento de las políticas culturales nacionales. Pero esta perspectiva no puede ser una simple línea vertical de aplicación de una suerte de orientaciones centrales, sino un intercambio crítico y proactivo que activa las iniciativas locales. La segunda perspectiva, y realmente la más importante, es la generación de políticas culturales desde lo regional, como un gran movimiento de participación de las sociedades locales, que consultan sus propias necesidades, sus historias, se proponen retos particulares y experimentan modos de diseñar y aplicar políticas culturales territoriales.

Nuevas políticas, nuevos retos

El panorama de las políticas culturales colombianas trae consecuentemente nuevos retos a la gestión cultural tanto del Ministerio de Cultura como de todos los demás actores del sector. Una de las tendencias más frecuentes encontradas en el proceso de validación social de estas políticas fue el reclamo para que las políticas no se queden en el papel. Los ciudadanos desean que se disminuya la distancia entre las bellas definiciones y las pobres acciones o entre los buenos propósitos y los pocos resultados.

Este reclamo lo que muestra es la necesidad de articular políticas con gestión, políticas con seguimiento estricto de su cumplimiento y de sus efectos. Las políticas culturales deben articularse con los procesos de definición de los planes nacionales, regionales y locales de desarrollo, con los grandes rumbos del país que defina la propia sociedad (los sentidos de país) y con los cambios que se están produciendo en todos los entornos en donde la cultura actúa y tiene presencia.

Las políticas fluyen a través del sistema nacional de cultura, que es el canal natural de su aplicación. Pero también se encuentran con el sistema educativo, con las decisiones de competitividad, con los medios de comunicación y con el despliegue de las tecnologías.

Es fundamental acompañar estos procesos con una transformación de las comprensiones políticas y sociales de lo cultural, con el fortalecimiento de las organizaciones y los movimientos culturales, para reencontrar el perfil que la cultura ha adquirido en estos años como parte de la convivencia, el desarrollo y la innovación del país.

Así hayan sido ubicadas en una taxonomía particular, las políticas culturales tienen que integrarse, dialogar entre sí, encontrar conexiones ya sea internas y externas. Las internas vinculan las artes con la memoria y con el emprendimiento, la concertación con la transparencia y la rendición de cuentas, la comunicación con la inclusión y la densidad de un campo que no se agota en los medios. Las políticas culturales sectoriales no deben ser las simples guardianas de un coto cerrado, sino las iniciativas que están dispuestas a encontrarse con las que provienen de otros campos de la cultura, que interactúan con las políticas transversales y las políticas territoriales. Las externas afianzan la necesidad de políticas culturales intersectoriales, es decir, de políticas que se abren al diálogo con otras áreas de la gestión pública en que la cultura tiene mucho que decir sin perder sus especificidades.

Los compendios de políticas culturales como el que ha acabado de realizar Colombia, tienen la virtud de ofrecer el panorama vigente de las grandes líneas de acción que el estado y la sociedad asumen en la cultura (en este caso de las particularmente lideradas por el Ministerio de Cultura), de los contextos y realidades desde los que se han definido estas líneas, de los conceptos que las sustentan y los retos que visualizan su futuro. Pero, a pesar de las continuidades y las persistencias que necesita la ejecución de toda política pública, lo anterior está cambiando, a diferentes ritmos y con diversas intensidades. Tanto, como ese mundo móvil que testimonian los rastros de las hormigas a través de los cuales Michel de Certeau definió metafóricamente a la cultura, que en su opinión más que crecer en los centros fructifica en los márgenes. Si la cultura es tradición es también innovación, como escribió Zygmunt Bauman, si es regla también es transgresión de la norma. Aquí reside su constante lección de libertad, su irremplazable significado de diversidad. Por ello, las políticas culturales están en construcción permanente y las sociedades deben estar atentas a las modificaciones que se necesitan y a los rumbos que se deben tomar.

Las políticas de segunda generación que ya han aparecido en el horizonte cultural de nuestros países, requieren de observatorios que las sigan, propongan ajustes, exploren el surgimiento de nuevos temas y actores. De actores culturales que las apliquen y las renueven, de instituciones que las hagan realidad, de lugares de experimentación que las

tensen y las rediseñen, de centros de investigación y formación que las miren críticamente.

Solo así será posible el propósito de que la cultura sea de todos y para todos.
